

LOS SOFISTAS

Rosario Miranda

I.B. de Arucas. La Orotava - Las Palmas de Gran Canaria. mayo de 1997

En las distintas disciplinas hay autores y textos que tienen el rango de clásicos y otros que no. Los sofistas no sólo no se han considerado nunca clásicos en la historia de la filosofía, sino que además han sido descalificados, desprestigiados, incluso vituperados en su tiempo y fuera de su tiempo. Suele presentárseles como hombres sin rigor intelectual, simples artistas de la oratoria, virtuosistas del lenguaje, cazadores de jóvenes ricos, traficantes de enseñanzas, embaucadores, hombres de mala fe, pensadores poco serios sin relevancia ni fundamento, carentes de reflexiones o teorías interesantes o importantes. Se dice que su producción filosófica fue efímera y que sus escritos se olvidaron en seguida debido a su escasa contundencia.

A diferencia de Platón y Aristóteles, cuya obra conservamos casi en su totalidad, los sofistas no son autores privilegiados por la conservación de sus textos ni por su afinidad con el acontecer ideológico de Occidente. Lo que nos queda de ellos son algunos testimonios y unos pocos fragmentos proporcionados por otros: Diógenes Laercio, Filóstrato, Aristófanes, Eurípides, Platón, Aristóteles, Plutarco, Clemente de Alejandría, Séneca, Sexto Empírico, Cicerón, Porfirio. Las fuentes acerca de los sofistas son muy escasas, como las de los presocráticos o las de las numerosas escuelas postaristotélicas. ¿Por qué de unos autores se ha conservado tanto y de otros tan poco? Diógenes Laercio cita doce libros de Protágoras, y otros antiguos se refieren a bastantes obras de Hípias, Antifonte,



Gorgias y otros sofistas. No ha quedado ninguna. Sabemos que Epicuro fue un escritor más prolífico aún que Platón. No tenemos un solo libro. ¿En función de qué fuerzas permanecen o se pierden las palabras en el tiempo? ¿De qué depende la repercusión y la resonancia de las ideas en el futuro? Se dice que hay voluntades movidas por la animadversión que contribuyen activamente al olvido de cierto modo de pensar. Yo no lo creo así. Las palabras y las ideas forman parte de lo común, son patrimonio de la multitud que habla, y nadie tiene el poder de hacerlas desaparecer. Quizá es el azar la única fuerza responsable de que unas ideas se conserven a sus anchas y otras no, o quizá es también el acontecer espiritual de una cultura lo que determina inconscientemente lo que perdura y lo que no. ¿Qué habría sido de la mentalidad occidental si Protágoras hubiera ocupado el lugar de Platón y Epicuro el de Aristóteles en nuestra historia de la filosofía? Eso pertenece al misterio y al enigma, pero quizá la ideología occidental no es como es porque ciertas obras se han perdido, sino que ciertas obras se han perdido porque la mentalidad occidental es como es. El pensamiento de los sofistas era alternativo al que había en su época y al que hubo después, y no se contagió a la colectividad, no triunfó como modo masivo de referenciar la realidad, no devino sentido común, del mismo modo que la teoría heliocéntrica de Aristarco de Samos no tuvo relevancia alguna hasta que Copérnico la rescató veinte siglos después, cuando el intelecto europeo estaba maduro para desarrollarla.

Aunque, como he dicho, no creo en causas personalizadas del olvido de un pensamiento, si alguna voluntad negadora de la sofística ha influido en los prejuicios, la aversión o el desinterés con que la historia ha tratado a ese movimiento, esa ha sido la voluntad de Platón. Siendo Platón la más amplia y popular fuente sobre los sofistas, siendo negativo y adverso su juicio sobre ellos, y siendo uno de los pensadores canonizados en la ideología occidental, es natural que durante siglos la historia de la filosofía no les haya dedicado más que una nota a pie de página en la que se dice que, como decía Platón, los sofistas eran unos charlatanes y unos inmorales. En la época moderna Hegel los rescató en sus “Lecciones sobre Historia de la Filosofía”, y la parte de la historiografía reciente que se refiere a ellos sin la lente platónica los considera unos filósofos no ortodoxos de la Ilustración griega. Yo creo que la filosofía de los sofistas es importante y rigurosa, y que fue producto de unas circunstancias sociales y políticas que no se habían vuelto a dar hasta ahora: los sofistas son figuras de la democracia.

En el sistema político inédito que fue la democracia ateniense del siglo V a.C. se dieron hechos inéditos también. Por ejemplo, la educación tradicional se quedó obsoleta.

La educación, reservada a los varones aristócratas, era elemental y primaria. Consistía en aprender a leer, a escribir, a contar, a tocar la flauta y la cítara



y a practicar la gimnasia, la lucha y el atletismo. Esto último se hacía en la palestra con el pedotriba, y el resto lo impartía en la casa familiar un esclavo o un hombre libre sin ningún prestigio o consideración social. Si un joven quería hacer carrera política era instruido por algún estadista amigo de la familia. Esta educación funcionaba en una sociedad en la que se era virtuoso por naturaleza y se llegaba a político o a juez por linaje, pero no en la democracia, donde la ciudadanía se había extendido a todos los hombres libres y donde los ciudadanos tenían una vida politizada y judicializada: eran frecuentísimas unas asambleas en las que cualquiera podía intervenir, y continuos unos pleitos en los que cada cual acusaba a los demás y se defendía a sí mismo en primera persona. En este estado de cosas se hacía necesaria una educación superior, y no como la pitagórica, existente en la Magna Grecia, en Metaponto y en Crotona, que era cerrada y sectaria, sino abierta y urbana. Este reclamo social lo cubrieron los sofistas, que nacieron al fuego de la democracia independientemente de su ideología: unos fueron ideólogos de la democracia y otros sus fieros enemigos.

Los sofistas aparecieron en el siglo V a.C. Confluyeron en tiempos de Pericles en Atenas, donde eran extranjeros procedentes de Leontinos, Abdera, Ceos, Élide y de otras polis de la Hélade. Eran itinerantes; se movían de un sitio a otro exhibiendo su talento, a veces con pedantería y suntuosamente vestidos. Eran blanco de los poetas cómicos y objeto de burla por parte de la multitud, pero imanes para los jóvenes, que se vinculaban a ellos y los seguían de ciudad en ciudad. Eran profesionales de la educación y de la cultura; daban una formación general al ciudadano; enseñaban geometría, física, astronomía, medicina, artes, técnicas, y sobre todo retórica, el arte de hablar bien en público, algo indispensable en un sistema político y judicial basado en la participación directa del ciudadano. Su finalidad era formar hombres desenvueltos en la democracia, sabios y hábiles a la vez.

Pero los sofistas no se limitaban a enseñar oratoria ni sus reflexiones se centraban sólo en el hombre y la ciudad. No existe una contraposición tajante entre dos etapas de la atención filosófica, hacia la naturaleza primero y hacia la sociedad después. Jenófanes, Heráclito, Pitágoras, Empédocles y Demócrito tenían preocupaciones éticas y políticas, y muchos sofistas se ocuparon de distintas ciencias, popularizaron sus resultados e incluso contribuyeron a ellas: Galeno cita a Gorgias y a Pródico y Cicerón a Trasímaco y Protágoras entre los filósofos antiguos que escribieron acerca de la naturaleza; Antifonte figura en la historia de la geometría por intervenir en el problema de la cuadratura del círculo; Plutarco cuenta que el mismo Antifonte empleaba un método de su invención para eliminar la ansiedad y la tristeza, método que recuerda ciertas técnicas psicoanalíticas que conducen a la ataraxia; a Hipias se le atribuye un manual contra la aflicción, y parece que mantuvo durante una temporada una especie de



consultorio psiquiátrico en el ágora de Corinto, donde procuraba alivio a la gente mediante la palabra; también escribió que los sueños son expresiones simbólicas que deben ser interpretadas por un especialista. Numerosos sofistas enseñaban medicina entre otras artes; Galeno atribuye a Pródico una teoría especial del plegma. Gorgias habló sobre la naturaleza del sol y en la tumba de Isócrates se le representa observando las estrellas, y Protágoras intervino en la discusión sobre los efluvios que preocupaba a Demócrito, a Empédocles y a los atomistas.

Los sofistas daban, pues, a sus discípulos una formación general y superior. A cambio de dinero. Cobran sus lecciones y fueron los primeros en hacerlo en una sociedad que rechazaba el trabajo retribuido y que se escandalizaba de que pudiera mezclarse el vil metal con la sublime sabiduría. La democracia tenía prejuicios aristocráticos, y recibir un salario de otro estaba mal considerado en los círculos distinguidos de Atenas, donde se suponía que uno es rico de nacimiento y no necesita hacer algo tan vulgar como ganarse la vida. El precio de las lecciones era a veces muy alto, lo cual muestra la elevada estimación social de la nueva enseñanza. Se dice que un curso de Protágoras era carísimo y que este sofista obtuvo por su ciencia más riqueza que Fidias y otros diez escultores juntos por sus obras, y Gorgias donó al oráculo de Delfos una estatua de oro del tamaño de su cuerpo y murió muy longevo siendo un hombre riquísimo. En este terreno como en otros, los sofistas carecían de prejuicios respecto a la tradición, y además estaban acordes con la economía de su sociedad: vender era lo propio en un mundo en el que se multiplicaban los intercambios comerciales, surgía la industria y el dinero cobraba cada vez más importancia. Sin embargo, por hacer de la transmisión del saber una actividad lucrativa recibieron reproches y críticas acerbas de conservadores como Platón o Jenofonte, quienes dijeron que hacían del conocimiento una mercancía, que no tenían discípulos sino clientes, que eran tenderos sin escrúpulos y sin ideales, hombres que enseñaban por dinero y no por amor y que por eso se prostituían.

Por dinero los sofistas enseñaban ciencias, técnicas y sobre todo retórica, oratoria, elocuencia, persuasión mediante la palabra. Eran profesionales de la palabra en un escenario en el que la palabra era poder. Triunfaba en la asamblea no el más rico ni el de mejor familia, ni el más prudente o esforzado, sino el que mejor hablaba, y el más elocuente era quien salía airoso de los numerosos litigios y pleitos en que los ciudadanos se veían envueltos a menudo. Los sofistas no eran logógrafos -escritores de discursos que otros pronunciaban como propios, antecedentes de los negros de nuestros políticos- sino que convertían a cualquiera en orador enseñándole a hablar bien y a discutir, retórica y dialéctica. En el uso griego normal, “dialéctico” significa discutidor o relativo a la discusión. Platón dio al término otra referencia, lo definió como la ciencia reservada a los filósofos y dirigida al bien, pero la dialéctica era un debate que tenía lugar



en público, estaba sometido a reglas y acababa con la victoria de un hablante y la derrota del otro. La dialéctica era la palabra como espectáculo de discordia, disputa, rivalidad, la palabra como justa entre contrincantes, instrumento de un enfrentamiento en el que se buscaba vencer. La dialéctica hacía un uso masculino de la palabra en un mundo viril, uso que ha llegado hasta nuestros días, pues la palabra pública no suele ser diálogo, conversación y construcción, sino desafío, antagonismo y competición entre adversarios.

Muchos sofistas eran muy diestros en las artes que enseñaban; algunos fueron eficaces embajadores de sus respectivas polis y unos virtuosos del discurso oral y escrito; con un bagaje cultural amplio y refinado hacían de la palabra un espectáculo que deleitaba al público. Algunos de los grandes maestros de oratoria se prestaban a improvisar sobre cualquier tema que se les propusiera. Gorgias, el vehemente, inspirado, solemne, poético, sutil y artificioso Gorgias, fue el mejor.

Como maestros de retórica los sofistas no se contentaron con formular una serie de esquemas para elaborar discursos. Para dominar a fondo la elocuencia investigaron en el lenguaje, y fueron los primeros teóricos de disciplinas como la gramática, la filología, la métrica, la versificación, la estética y la orthoépeia o corrección de la expresión. En esta última materia se ocuparon tanto de la dicción correcta –lo que hoy se llama ortología– como de la búsqueda de la palabra justa para designar las cosas, del correcto cifrado de la realidad. No es lo mismo ser súbdito que ciudadano ni ser un enfermo terminal que tener una enfermedad incurable. Pródico analizó las sutiles diferencias de significado entre vocablos próximos o emparentados, y Protágoras criticó a Homero por usar el imperativo en lugar del optativo para dirigirse a una diosa en el inicio de “La Ilíada” (“Canta oh diosa la cólera de Aquiles”), pues en el habla hay peticiones y mandatos y una musa requiere súplicas pero no órdenes. Este primer brote no gazmoño de lo que hoy se conoce como lo políticamente correcto no fue algo aislado sobre lo que llamaran la atención algunos sofistas; también Tucídides resaltó la importancia de nombrar las cosas correctamente. En su “Historia de la guerra del Peloponeso” deplora que los hombres trastocan el significado de las palabras para justificar su conducta, pues llaman, dice, valor a la temeridad, cobardía a la sensatez, carencia de hombría a la medida e incapacidad de acción a la reflexión.

Los sofistas creían que la palabra da poder no sólo en el universo político y judicial sino también en el ontológico. La palabra no es el reflejo de un acontecimiento, sino que contribuye activamente al modo como ese acontecimiento sea. La palabra tiene una fuerza tal que es capaz de cambiar el ser. El lenguaje procura una experiencia de la realidad; como lo real puede predicarse de múltiples maneras, tan importantes como las cosas son las palabras que las constituyen. “La palabra –dice Gorgias– es un poderoso soberano que con un cuerpo



pequeñísimo y completamente invisible lleva a cabo obras divinas”. El lenguaje no es solamente un instrumento de colaboración y de éxito, también crea el mundo al nombrarlo, y al nombrarlo de otra manera lo transforma; por eso los cambios, sociales o individuales, se gestan cuando se hace otra lectura de la misma situación, cuando se interpretan los hechos en otros términos. El sentido que damos a las cosas se apoya en un código subyacente del que la mayoría de los hablantes -como de la gramática que usan- no son conscientes. La inconsciencia con que se usa el lenguaje corre pareja con la inconsciencia con que se vive una cultura, ese complejo de ideas, creencias, costumbres y artefactos que encauzan la vida de las comunidades humanas.

Consecuentemente con su visión del lenguaje, los sofistas fueron críticos de la cultura. Ilustrados puros, se desarraigaron con toda libertad de los mitos, ritos, instituciones e interpretaciones tradicionales transmitidas por inercia en el lenguaje y en la educación. Sometieron a análisis racional lo que se ha llamado el conglomerado heredado, es decir, el cúmulo de creencias, normas de conducta y sistemas de vida sobre los que se basaba la vida en la ciudad. No aceptaron que los dioses o los antepasados míticos fueran el fundamento de la polis, indagaron en el origen de las leyes, instituciones y costumbres y llegaron a la conclusión de que todo lo humano es producto de la convención.

Durante los siglos VII y VI a.C. muchas ciudades-estado griegas cambiaron su legislación y escribieron su constitución, experiencia que dejó poco espacio a la creencia en un origen divino de las leyes. Además, en el siglo V, debido al comercio, la guerra y la colonización, los helenos entraron en contacto con muchos pueblos y constataron la variedad de las ideas religiosas, morales y políticas. Había un escepticismo y un relativismo difusos en el ambiente que los sofistas, intelectuales y viajeros, captaron y articularon con rigor. Los sofistas establecieron una teoría de la relatividad de las convenciones legales y contrapusieron el orden natural al orden propiciado por las leyes humanas, el derecho natural y el derecho positivo, asunto que se convirtió en un tema de conversación recurrente en la época.

Hipias del Peloponeso, el sabedor de mucho, creó la doctrina del derecho natural en Grecia. Dijo que los hombres son iguales por naturaleza pero la ley de la ciudad los trata como si no lo fueran. Cosmopolita y demócrata, Hipias afirmaba la igualdad biológica de los hombres y deducía de ella la necesidad de la igualdad social, igual que Licofrón y Alcídamente, discípulos de Gorgias, y también Antifonte. Defendían el derecho natural del débil, doctrina que tuvo repercusiones sociales y que a su vez era eco de corrimientos de tierra en la sociedad. En Grecia y en Atenas, donde eran débiles los esclavos, las mujeres, los pobres y los extranjeros, el derecho natural del débil quitaba razón a los oligarcas que se apoyaban en la sangre para dominar al resto de los ciudadanos, y rechazaba la



diferencia entre nobles y plebeyos, señores y esclavos, hombres y mujeres y griegos y bárbaros. En tiempos de Pericles hubo un movimiento a favor de que las mujeres accedieran a la educación y seguramente a la ciudadanía; comedias como “Lisístrata” o “La asamblea de las mujeres” parecen aludir a eso.

Pero, una vez enfrentadas la naturaleza y la ley, el antagonismo puede también elaborarse en beneficio del fuerte. La naturaleza enseña además que el fuerte le puede al débil, y la igualdad de derechos decretada por el gobierno del pueblo es contraria a la ley natural. Los decretos urbanos que convierten en iguales a quienes por naturaleza no lo son son un arma de los débiles para evitar cumplir con el destino de sometidos que por naturaleza les corresponde. La esencia de la democracia es la alianza del pueblo contra los señores, la dominación organizada de la masa sobre los nobles. Así opinaban Calicles, discípulo de Gorgias, y Alcibíades y Critias, jóvenes aristócratas ambiciosos y desbocados a quienes Sócrates, su maestro, no consiguió atar duraderamente. No se sabe si Calicles existió; quizá fue una invención de Platón para ilustrar el inmoralismo que según él se derivaba de las enseñanzas sofistas. Y Critias no fue propiamente un sofista, no impartió clases ni cobró; fue un ilustrado, un brillante orador y un político cruel al que desde la Antigüedad se incluye entre los sofistas por su presencia en la reunión sofista en casa de Calias, en el “Protágoras” de Platón.

El derecho natural del fuerte se formuló en Atenas en el periodo oscuro y de decadencia que siguió a la muerte de Pericles. Durante los cincuenta años de paz transcurridos entre la segunda guerra médica y la guerra del Peloponeso, periodo conocido como la Pentecotecia, hubo en Atenas prosperidad económica y estabilidad social; aumentó la cohesión entre los ciudadanos y se fortaleció la democracia. A este momento pertenecen Protágoras, Gorgias, Hipias y el escritor de lo que conocemos como el Anónimo de Jámblico, la primera generación, brillante y optimista, de sofistas defensores de la democracia, amigos de Pericles algunos, que creían en el poder de la razón para vivir mejor y veían en la retórica el instrumento de que la razón dispone para lograrlo; eran pensadores que apostaban por la igualdad, la justicia, el respeto y la persuasión, en lugar del uso de la fuerza como base de la vida política. Eran hombres con esperanza, testigos de una gran prosperidad espiritual y material después de las guerras médicas; pertenecieron a una generación privilegiada para la que la Edad de Oro no estaba detrás sino delante y además cerca. Pero con la guerra (429-404), la derrota, la peste y las consecuencias nefastas de una política exterior imperialista muchas veces intolerante y cruel, Atenas se desmoralizó. Las tensiones sociales se recrudecieron, hubo crisis económica y la ideología democrática y solidaria saltó por los aires. A esta época pertenece una generación de pensadores de talento muy diferente a la anterior, algunos inmoralistas y partidarios del derecho del más fuerte, responsables de las graves acusaciones que se alzaron contra los



sofistas, y otros pesimistas, horrorizados de una democracia horrorosa, como Trasímaco de Calcedonia.

Trasímaco no era un aristócrata despechado sino un amigo de la justicia enormemente desesperanzado. Fue un teórico de la política de talante muy amargo y realista, con una visión fundada en lo que de verdad sucede y no en lo que debiera suceder según el teorizar humano. Observó un mundo competitivo, desgarrado y cruel en el que vencen los más fuertes y sin escrúpulos y en el que los débiles son aplastados. Dijo que la justicia no existe como ideal ni como valor, y que se llama justicia a la imposición de la voluntad de los gobernantes. Las leyes del Estado son las órdenes que satisfacen los deseos de los dominadores. Las leyes son convenciones que no expresan los intereses generales, como creía Protágoras, sino sólo los de los gobernantes, sean éstos una persona tiránica, una minoría oligárquica o la mayoría demócrata. Lo justo, lo legal, es lo que conviene a los gobernantes, lo que interesa a los que están en el poder porque constituye su propio y particular bien. Independientemente de la perfección que podamos concebir, la realidad es que los gobernantes actúan para provecho de sí mismos, que el hombre injusto saca la mejor parte en los tratos, paga menos impuestos, favorece a sus amigos y parientes y se aprovecha de los cargos públicos que desempeña. La realidad de la justicia es la injusticia siempre que se cometa a escala suficiente, no a la del ratero. Trasímaco no habló de lo que debiera ser la justicia sino de lo que es; su análisis, sólido, real y triste, muestra el desconsuelo de un pensador impotente frente a la realidad que terminó sus días suicidándose.

Trasímaco, Protágoras y el resto de sofistas que hablaron de las leyes coincidieron en que la justicia carece de fundamento trascendente y se basa en una convención entre hombres. Eso significa que los hombres tienen capacidad para colaborar, para establecer acuerdos y cumplirlos. Si la justicia es aquello que unos ciudadanos convienen, entonces los hombres tienen necesariamente una disposición o capacidad para el pacto; sin este requisito o condición no puede hacerse acuerdo alguno. Protágoras dijo que tal disposición no es natural, sino algo adquirido por la humanidad para defenderse del reiterado ataque de las fieras y de los hombres entre sí, como afirmaron siglos después Hobbes y otros teóricos del contrato social. La virtud política o capacidad para la justicia es un resultado del progreso, pero no una conquista irreversible adquirida de una vez por todas; la barbarie no es un estado dejado atrás definitivamente y no es imposible que vuelva. Y la virtud política no es innata, como sostenían las clases altas: se adquiere por la enseñanza y se desarrolla mediante la aplicación y el ejercicio.

La enseñanza y el aprendizaje de la virtud fue un tópico entre los sofistas, que se declaraban maestros de ella, y sus adversarios, que creían que la virtud es la manifestación de una naturaleza especial propia de los nobles, posición aris-



tocrática ilustrada por Píndaro y Teognis y mantenida luego por Platón. Para Protágoras la virtud se enseña porque se transmite entre maestro y discípulo, y también porque está en el espíritu de la ciudad y “se coge”, como se coge la lengua materna, sin que medie un maestro en particular: se asimilan los conceptos ético-políticos del entorno.

La cuestión de si puede o no enseñarse la virtud encierra otra de más largo alcance: ¿quién está capacitado para dirigir la vida pública? ¿es competente o incompetente el pueblo para gobernar? Algunos sofistas dijeron que, a diferencia de las habilidades técnicas, desigualmente repartidas entre los humanos, el sentido de la justicia pertenece a todos y participar en política a todos concierne; no hay especialistas ni profanos en los asuntos cívicos y gobernar es un derecho de cualquiera, cosa que Platón rechazó defendiendo la competencia del experto en gobierno, el filósofo tecnócrata conductor de la mayoría ignorante. Muchos sofistas, en cambio, creían que cada cual está capacitado por naturaleza para discernir lo que es el bien, aunque el bien, como la verdad o la realidad, no sea lo mismo para todos.

Ni el bien, ni la verdad ni la realidad son lo mismo para todos. El pensamiento de los sofistas es relativista, subjetivista y escéptico respecto a los valores, la verdad y el ser, y creo que es un pensamiento de mucha envergadura filosófica, aunque no tuviera repercusión entonces. O quizá sí la tuvo: la posición de Protágoras en el libro IX de Diógenes Laercio sobre los filósofos ilustres es análoga a la de Demócrito, Heráclito, Parménides o Pirrón, y se le concede mayor extensión que a Parménides o Zenón. En el Serapeion de Menfis se encontraron once estatuas en semicírculo de filósofos y poetas; entre los primeros se encuentran Platón, Heráclito, Tales y Protágoras, prueba de que el sofista era tenido en la Antigüedad por un filósofo importante, no por un dispensador de recetas de las que se nutrían los círculos demócratas y los jóvenes que demandaban instrucción. El relativismo sofista me parece una filosofía sólida y alternativa a la que más tarde propusieron la Academia y el Liceo.

Los valores son relativos a cada hombre o comunidad de hombres. El bien y el mal no son propiedades de las cosas sino de nuestras relaciones con ellas; no proceden de los dioses ni de los expertos ni del modo de ser de las cosas. El hombre es el origen de los valores, por eso diferentes hombres producen diferentes valores: “los masagetas descuartizan a sus padres y se los comen y creen que es una tumba bellísima estar enterrados en sus propios hijos, pero en Grecia, si alguien hiciera tales cosas, sería expulsado de la comunidad y tendría una muerte infame”; “los persas juzgan bueno que un hombre tenga relaciones con su hija, madre o hermana, pero los griegos tienen esto por malo e ilegal”. “Si se ordenara a todos los hombres reunir en un solo lugar las cosas que estiman malas y después tomaran de ese montón las que estiman buenas, ni una sola quedaría



donde estaba”. Respecto al alcance de la relatividad de los valores hay divergencias entre los sofistas. Gorgias es famoso por su neutralidad o indiferencia ética; excepción entre los sofistas, no pretendía enseñar virtud sino sólo retórica; su relativismo moral parece haber sido radical. El de Protágoras no. Según él, aunque ninguna cosa por sí misma vale más ni menos que otra, hay unas que son mejores porque sus consecuencias son objetivamente más deseables y beneficiosas. Por ejemplo, el enfermo dice que es malo un manjar y tiene razón porque así lo siente, pero la salud es mejor que la enfermedad y la tarea del médico consiste en sanar al enfermo para que así cambien sus sensaciones. De igual modo el sofista debe influir mediante la retórica en las creencias y valoraciones de los ciudadanos para que profesen aquellas que desemboquen en normas que sean satisfactorias. Radicales o moderados, los sofistas negaron la concepción absoluta del bien y del mal. Dijeron que no hay nada en particular que sea el bien. Y lo mismo dijeron de la verdad y del ser.

La verdad, como el bien, es una relación del hombre con las cosas y no una esencia de la realidad. No tenemos acceso al mundo externo tal y como es; llegamos a él a través del filtro de nuestras percepciones y creencias subjetivas, y por eso cada uno de nosotros se convierte en la medida de lo que el mundo es. “El hombre es la medida de todas las cosas, de las que son en tanto que son, de las que no son en tanto que no son” es la sentencia que abre un libro de Protágoras titulado “Sobre la verdad”. Para cada individuo o comunidad de individuos –según interpretemos “hombre”– las cosas son como se le aparecen. No hay diferencia entre ser y apariencia ni entre opinión y verdad. No hay más verdad que la de las opiniones que en cada momento creemos, ni hay distinción entre lo que las cosas son de verdad y lo que parecen ser. No hay más realidad que las apariencias, y no existe el saber indudable que se opone a la opinión ilusoria. La doxa es frágil e inestable, está sometida a la persuasión, pertenece al reino de la contingencia, la ambigüedad y el cambio, pero no hay otro. No hay opinión correcta, no existe la Orto Doxa. En los planos gnoseológico y ontológico, como en el ético, Gorgias fue el más extremo. Si para Protágoras nada es verdad, para Gorgias nada es. “Nada es –dice–. Si algo fuera no sería cognoscible. Y si fuera cognoscible no sería comunicable”. Esta sentencia suele interpretarse como un ataque al dogmatismo filosófico, en particular al de Parménides y los eleatas, que pretendían haber encontrado la verdad absoluta e inmutable y rechazaban como ilusorias las apariencias sensibles de las cosas. Frente a ellos Gorgias afirmaba que no hay saber tras la opinión, ni realidad tras la apariencia ni naturaleza bajo el artificio. Sólo hay opinión, apariencia, artificio, ilusión y ficción, y sobre todo eso reina la retórica. La realidad es una construcción del lenguaje; como la verdad, la realidad no existe, y esta noticia no es pesadora sino liberadora: como es la palabra la que construye opiniones, artificios y aparien-



cias, y las opiniones, artificios y apariencias son lo único que hay, o por lo menos lo único que está en nuestro poder, iniciémonos en el arte de la palabra y seamos diestros en crear las opiniones, artificios y apariencias que más nos satisfagan, démosle a la realidad la forma que más nos convenga.

La palabra, el lenguaje, es el vehículo en el que entramos en el mundo, es un filtro ineludible entre nosotros y la realidad, por lo que con la palabra pueden construirse realidades diferentes. Sobre cada cosa pueden predicarse dos discursos opuestos, un elogio y una censura, una acusación y una defensa. Los sofistas practicaban y enseñaban a sus discípulos el método antilógico, que consiste en construir para una misma cosa un discurso que la afirma, la justifica y la defiende y otro que la acusa, la niega y la destruye. En una discusión ante una asamblea o en un pleito ante un tribunal, parte de los presentes mantiene una postura y la otra parte mantiene la contraria. La retórica enseña a defender cualquiera de las dos, a argumentar con consistencia los dos puntos de vista opuestos que pueden observarse sobre cualquier asunto. No hay verdad: es la fragilidad o la contundencia del razonamiento lo que persuade de la verdad o falsedad de los hechos, y con la retórica cualquier argumento puede pasar de débil a fuerte y viceversa, según la capacidad de convicción del orador. Incluso la causa más desfavorecida puede hacerse fuerte si es presentada con la suficiente elocuencia. Los enemigos de los sofistas definieron su oficio como la habilidad para hacer fuerte el argumento débil, y a ellos como oradores faltos de escrúpulos que ponían sus capacidades al servicio del mejor postor. También se les descalificó por irracionales en el plano lógico, pues, se decía, al afirmar mediante el método antilógico una cosa y su contraria a la vez, violaban el principio de no-contradicción.

Sin embargo, esta crítica no tiene fundamento. En una concepción relativista y subjetivista del mundo, en que las cosas se definen con referencia a la opinión del hombre, no hay esencias ni sustancias, y lo que ocupa el primer plano es lo que Aristóteles calificaba de accidente. La concepción relativista tiene su propia lógica y es una lógica alternativa a la aristotélica, una lógica basada en la relación y no en la sustancia; no una lógica monádica de sujeto y predicado sino una lógica n-ádica de relaciones entre términos; y no una lógica binaria de dos valores opuestos en la que las proposiciones son verdaderas o falsas, sino una lógica de más valores de verdad. La estructura de pensamiento que subyace al relativismo no es irracional y contradictoria, sino una estructura racional alternativa, una lógica de relaciones que ha venido a desarrollarse ahora, veinticinco siglos después. El método antilógico no sirve -como lo han presentado- para lograr una victoria en la argumentación por cualquier medio y con independencia de la verdad; eso es la erística. La antilógica, método de razonamiento que opone dos argumentos acerca de la misma cosa, es una manifestación del mundo fenoménico en su continuo estado de flujo y cambio, sometido a los vaivenes de



la opinión, de la apariencia, del momento o kairós, de un devenir en el que la verdad no es posible, sino acaso la verosimilitud. Los sofistas apostaron por este mundo imperfecto y cambiante donde las cosas no son absolutamente buenas o malas, ni absolutamente verdaderas o falsas. Contra ellos se alzaron, entonces y después, los adeptos a la verdad única, objetiva, inmutable, una verdad que elimina la ignorancia y el error, que es un ancla para fijar la norma, la ley, el bien, el saber y la propiedad, que nos da seguridad, nos mantiene serenos y nos libra de la oscuridad. Los sofistas no creyeron, como Occidente lo hizo, que, como dicen los pitagóricos en su tabla, lo cierto, finito, único, recto e inmutable es luminoso y bueno, y lo ilimitado, múltiple, curvo y cambiante es oscuro y malo.

El relativismo no sólo fue tachado de irracional y contradictorio: también lo fue de peligroso. Se dijo que la neutralidad ética y el desinterés por la verdad conducen necesariamente al inmoralismo. Esta crítica tampoco tiene fundamento. Calicles y Polo, dos bárbaros en el sentido moral del término, fueron discípulos de Gorgias, pero Licofrón y Alcidadamante, defensores de los derechos de los débiles, también lo fueron. Y Alcibíades, otro joven dorado, ambicioso y desalmado, fue discípulo de Sócrates. Es cierto que Critias, Polo y otros autores de matanzas no aprendieron la transustanciación de los valores en ninguna clase de Hippias o de Gorgias, pero la creencia en la verdad tampoco ha ahorrado horrores. No se hace mejor al hombre cuando se le presenta la verdad como existente y la virtud como fundada. El relativismo y subjetivismo no autoriza a los hombres a comportarse como bestias: con creencias absolutas también lo hacen. Es más, el escepticismo –que se desprende siempre del relativismo– genera tolerancia, pues la conciencia de la imperfección, limitación e imprecisión de nuestras facultades en todos los terrenos libra del dogmatismo, esa enfermedad que se padece cuando las personas se aferran a sus opiniones, descalifican lo diferente y se hacen violentas y obstinadas. Además, la concepción relativista tiene su propio alcance ideológico. En el plano ético y moral implica que, como no hay una instancia superior ni un patrón absoluto que pueda imponerse a todos, la convivencia y la política tienen que basarse en el acuerdo entre opiniones, en el consenso y la negociación. Por otra parte, en el plano epistemológico, la exposición de argumentos contrapuestos sobre la misma cosa permite ponderar mejor las situaciones, analizar en detalle los conflictos y examinar las distintas facetas de los hechos. Desde esta óptica el método antilógico es más que un instrumento práctico de retórica, es además una poderosa herramienta de análisis y de conocimiento cuando se cree que no hay verdad objetiva, sino quizás opiniones mejores que no aspiran a la petulancia o a la ingenuidad de ser verdad.

Los sofistas creyeron que la verdad, la virtud o el ser, escritos con mayúscula, no tienen mucho que ver con un hombre circunscrito a sus percepciones y limitado a su medida. Fueron, pues, realistas. observaron que existe un abismo, o al



menos un contraste, entre las normas y la práctica real de la moral, a pesar de los dioses, saberes y verdades en que las normas pretenden fundarse. Los sofistas elevaron al rango de valores lo que todo el mundo hace de verdad en la práctica de la moral. ¿O es que alguien piensa que esas pequeñas ciudades libres griegas, autosuficientes y autogobernadas, esas polis que tanto idealizamos como lugares apetecibles y privilegiados, se movían por principios de humanidad y justicia? ¿o alguien cree que durante la democracia, Atenas, definida por Pericles como una ciudad alegre, festiva, valiente, sabia, bella, libre, solidaria y artista, y calificada de joya de la humanidad desde el Renacimiento, era en realidad esa civilización brillante, luminosa, cálida, nítida y ejemplar? En esa sociedad soñada como la mejor que jamás ha existido había enormes desigualdades económicas y sociales, había numerosos vagabundos y no voluntarios como los cínicos, había absentismo político y mucha gente iba a las asambleas y a los jurados únicamente para cobrar las dietas; había suplicios, muerte a mazazos y lapidación, además de la refinada cicuta, había mal funcionamiento judicial, había un espíritu belicoso y conquistador en la política exterior y había una religión que era de hecho superstición, aparte de la demagogia y de la muerte de Sócrates, que es lo que siempre se cita como sus lacras. Y la gran época de la Ilustración griega, de los Propíleos, el Erecteion o el Partenón, de las representaciones trágicas, la época áurea de la cultura, fue a la vez una época de persecución, de destierro de estudiosos, de trabas para el pensamiento e incluso de quema de libros. En los últimos 30 años del glorioso siglo V a.C. se declararon delitos denunciables no creer en lo sobrenatural y enseñar astronomía, y hubo una serie de juicios por herejía, procesos por motivos religiosos entre cuyas víctimas se cuentan personas destacadas como Aspasia, Anaxágoras, Diágoras, Sócrates, Protágoras, Esquilo o Eurípides. No sabemos cuánta otra gente no famosa sufrió por sus ideas.

Muchos sofistas criticaron específicamente la religión. Al igual que otros aspectos de la cultura, la interpretaron fuera de la tradición, negaron que tuviera un fundamento trascendente y dieron su propia versión de ella. El libro titulado “Acerca de los dioses” de Protágoras empezaba con una declaración de agnosticismo: “No puedo saber de los dioses ni su existencia ni cuál es su forma. A esta investigación se oponen dos obstáculos: la oscuridad del asunto y la brevedad de la vida”. Pródico, un sofista de quien Platón habla bien y de quien se dice que fue maestro de Sócrates, afirmó que el origen de la religión es la deificación de unos hombres por otros, que los dioses son los hombres inventores del pan, del vino, del fuego, de todo lo que permite sobrevivir, que por su legado a la humanidad obtuvieron un rango divino. Critias dijo que los dioses fueron inventados por un hombre astuto por motivos políticos; la ilegalidad no queda abolida nunca del todo porque en secreto puede cometerse injusticia impunemente y el temor al castigo divino sirve para evitar que la gente cometa delitos a escondidas. La



divinidad era para Critias lo que para Bentham el panóptico, un ojo no humano supervisor del orden, teoría utilitarista de la religión que reaparece en Maquiavelo y en la Ilustración. Antifonte y Eurípides criticaron la adivinación o mántica, una de las facetas más vivas de la religión en la Antigüedad. Los oráculos ejercían gran influencia religiosa, moral y política. La adivinación era una institución oficial reconocida por los Estados, que también consultaban a la Pitia y mantenían a adivinos colaborando con magistrados civiles y militares. No sólo los incultos eran supersticiosos; un estratega como Nicias y un escritor como Jenofonte lo eran enormemente, y Sócrates tenía un oráculo particular que le dictaba su proceder. En ese ambiente Antifonte dijo que la mántica consiste en los cálculos probables de un hombre prudente, y Eurípides que el cálculo prudente es la mejor profetisa.

Una de las razones que se aducen para explicar la represión religiosa es que los adivinos profesionales vieron en el avance del racionalismo una amenaza para su prestigio y para su profesión. De hecho, quien propuso el decreto que - una vez aprobado en el año 470- desencadenó los procesos por impiedad fue Diopites, adivino profesional. El decreto decía que serían llevados ante los tribunales los individuos que no creyeran en la religión o que enseñaran astronomía. Hasta entonces se entendía por impiedad una acción contra los dioses o contra su propiedad, por ejemplo un robo sacrílego, lesión de árboles sagrados, profanación de templos o destrucción de estatuas. Con la nueva ley era delito la falta de veneración a los dioses, la indiferencia hacia los rituales y hasta un modo irreligioso de pensar, y la pena por ello era generalmente la muerte.

¿Cómo se explica esta represión justo en ese momento y en Atenas? Porque los sofistas, Anaxágoras, Sócrates y Aspasia, no fueron los únicos ni los primeros que explícita o implícitamente criticaron la religión. Para los físicos, fisiólogos o filósofos de la naturaleza, el orden del mundo no es el resultado de fornicaciones y partos sagrados, ni surge al final de un combate por la soberanía de Zeus, sino que es inmanente a la naturaleza. La explicación de la naturaleza por sí misma que la filosofía instauró frente a la mitología desterraba a los dioses y hacía tambalear la fe de los hombres. Además, Jenófanes y Heráclito criticaron directamente la religión. Jenófanes negó la validez de la adivinación, los presagios y la inspiración; afirmó la relatividad de la divinidad según los pueblos porque cada cual construye a sus dioses según sus propias características, y dijo que sobre lo sagrado no hay conocimiento sino fe. Heráclito negó validez a la experiencia onírica, se burló de la catarsis ritual y criticó los ritos funerarios y los consuelos de la religión; su máxima “carácter es destino” desprecia el conjunto de creencias referentes a la suerte innata y a la intervención divina en la vida humana. Estos hombres no fueron perseguidos por la justicia. ¿Por qué lo fueron quienes lo fueron en el último tercio del siglo V a.C. y en Atenas?



Un motivo fue la guerra, la guerra del Peloponeso, la más larga de la historia griega, que se saldó además con la derrota de Atenas. Los tiempos de guerra son históricos, van precedidos de sombras y seguidos de disturbios emocionales. Otro motivo fue que se veía con preocupación cómo cambiaban las costumbres de la polis, cómo los gimnasios se vaciaban y los jóvenes se agrupaban en torno a los sofistas; la educación había sido hasta entonces más física que intelectual, y se temía que el nuevo espíritu produjera un reblandecimiento físico y anímico en la juventud; además, la nueva educación no era igualitaria, beneficiaba a la clase alta por razones financieras y eso crispaba al pueblo. Pero el motivo principal fue que los ilustrados rompían algo que nunca se había puesto en duda: la coincidencia entre religión y orden social y la consiguiente creencia en que aquel que toca la religión pone también en peligro al Estado. Los antiguos ignoraban la división entre lo espiritual y lo temporal: las leyes de la polis se remontaban a los dioses y por eso habían de ser obedecidas; los sacerdotes de los dioses eran los magistrados de la ciudad; el lazo que unía a los ciudadanos era sagrado, además de político y social. Al comienzo de cada sesión de la Asamblea unos sacerdotes inmolaban animales en un altar, y con su sangre trazaban un círculo sagrado alrededor de los presentes. La fórmula de los jueces antes de ejercer sus funciones en el tribunal terminaba así: “Lo juro por Zeus, por Apolo y por Démeter. Si soy fiel a mi juramento, que mi vida sea dichosa; si soy perjuro, caiga la maldición sobre mí y sobre mi familia”. Tan teologizado estaba lo cívico que un presagio de mal augurio suspendía una sesión de la Asamblea, y una buena travesía por mar era una prueba de inocencia y un griego del siglo V se valía de ello ante los jueces. En la ciudad antigua no había distinción entre lo espiritual y lo temporal, los ateos se consideraban irrespetuosos con las leyes de la ciudad y, durante la guerra y después de la derrota, en un momento de peligro para la comunidad, el conformismo se robusteció y se toleraron menos que nunca las críticas a la religión.

El sofista más perseguido fue Protágoras, denunciado por Pitodoro, uno de los 400. Su proceso fue más radical que ningún otro: no sólo se le condenó sino que se ordenó confiscar su libro sobre los dioses a cualquiera que lo poseyera y quemarlo, proceder que no parece haberse prodigado mucho en el mundo grecorromano. Quizá esta particular inquina se debió a que poco antes se habían mutilado las estatuas de Hermes y se habían profanado los misterios de Eleusis, lo cual creó un clima de indignación y alarma y aumentó la crispación social producida por las tesis filosóficas ateas y agnósticas. Tras la sentencia, Protágoras naufragó en el barco donde huía. Según la superstición, también el veredicto del mar le declaró culpable.

Platón y Jenofonte guardaron silencio sobre este proceso por impiedad y también sobre el de Anaxágoras. De haberlos aplaudido habrían comprometido su posición respecto al proceso contra Sócrates. Hay quienes ven en el juicio a



Protágoras la voluntad precisa de terminar con una filosofía alternativa, y ese sería el motivo de la quema de sus libros. No lo comparto. La historia de la mentalidad de los pueblos no la decide una voluntad invidual. La realidad es peor aún: la colectividad es dejada, carece de independencia de pensamiento y es lenta, muy lenta para cambiar. No creo en un complot consciente y deliberado de los conservadores contra los sofistas para borrar su filosofía de la faz de la tierra. Protágoras no era un tábano; era un hombre optimista perfectamente integrado en su ciudad, ideólogo de la democracia en que vivía y contento de vivir donde y cuando le tocó. Y aunque hubiera habido un claro y violento deseo de eliminar la filosofía sofista en beneficio de la de Sócrates –cosa difícil de sostener porque la misma sociedad condenó a Sócrates también–, desde luego ese deseo no se cumplió. Veinticinco siglos no son nada en la corriente del tiempo, y nuestro espíritu actual es sofístico, protagórico. Quizá los cambios de rumbo en el pensamiento de los pueblos se producen a intervalos de siglos, y aparecen destellos en un momento de modos de pensar que luego tardan miles de años en aposentarse en la colectividad. Hoy la educación es obligatoria y gratuita para todos los ciudadanos, como dijo Protágoras que debía ser; desde el siglo XVIII el fundamento teórico de nuestra justicia no es la autoridad del soberano sino el contrato social, idea que estaba en los sofistas; nuestro régimen político, la democracia, es el que muchos sofistas teorizaron y defendieron; hoy el desapego de la religión es de dominio público y la física actual nos ha hecho relativistas. A pesar de Platón y del lugar a pie de página que han tenido los sofistas en la historia de la filosofía, nuestro sentido común, en nuestra democracia igual de mala que la antigua, es sofista.

- Protágoras elogió el lenguaje. Dijo que con él se hacen votos y cartas, convenios, leyes y otras cosas que contribuyen a hacer buena la vida, y que gracias a él los que están lejos se acercan y las buenas ideas se transmiten de generación en generación. Es cierto. Incluso habiéndose esfumado tanta obra de los sofistas, gracias al lenguaje conservamos algunas de sus buenas ideas y también algunas de las malas. Y es el lenguaje el medio por el que podemos estar hoy cerca de Pródico, Protágoras, Hippias, Trásimaco, Antifonte, Gorgias y algunos otros personajes de aquellos lejanos tiempos.

**BIBLIOGRAFÍA**

“Sofistas. Testimonios y fragmentos”.

Ed. Gredos. Madrid 1.996

“Protágoras de Abdera. Dissoi Logoi. Textos relativistas”.

Edición de José Solana Dueso. Ed. Alcal. Madrid 1.996

Tucídides: “Historia de la guerra del Peloponeso”. Tomo I.

PPU Barcelona 1.988

Aristófanes: “Las nubes”.

Alianza ed. Madrid 1991

Platón: “Hippias menor”

“Hippias mayor”

“Protágoras”

“Gorgias”

“La república”

“Teeteto”

“Critias”

“El sofista”

Editorial Aguilar. Madrid 1.969

Aristóteles: “Constitución de los atenienses”.

Gredos. Madrid 1.984

Diógenes Laercio: “Vidas de los filósofos ilustres”

Aguilar. Madrid 1.959

Nestlé, W.: “Historia del espíritu griego”.

Ariel. Barcelona 1.981

Vallespín, F.: “Historia de la teoría política”. Tomo I.

Alianza Ed. Madrid 1.995

Flacelière, R.: “La vida cotidiana en Grecia en el siglo de Pericles”.

Ed. Temas de hoy. Madrid 1.993



Dodds, G.: “Los griegos y lo irracional”.

Ariel. Barcelona 1.990

Mosterín, J.: “Historia de la Filosofía”. Tomo III.

Alianza Ed. Madrid 1.984

Mosterín, J.: “Aristóteles”.

Alianza Ed. Madrid 1.984

Lledó, E.: “Días y libros”.

Ed. Salamanca. Junta de Castilla y León. 1.994

Menzel, A.: “Calicles”.

Centro de Estudios Filosóficos. UNAM México 1.984

Arblaster, A.: “Democracia”.

Alianza Ed. Madrid 1.992

García Gual, C.: “Los sofistas” en “Historia de la Ética”. Victoria

Camps. Grijalbo. Barcelona 1.988

Rowe, C.: “Introducción a la Ética griega”

F.C.E. México D.F. 1.979

Detienne, M.: “Los maestros de la verdad en la antigua Grecia”.

Taurus. Madrid 1.986